

(Participando en el homenaje a D. Julio Caro Baroja,
en el *Instituto Femenino Usandizaga*, de San Sebastián,
el día 9 de noviembre de 1977)

CONSIDERACIONES SOBRE LA ETNIA VASCA

Fue un día de agosto de 1931 cuando el Dr. Aranzadi (D. Telesforo) y yo nos trasladamos a Molinar de Carranza con el fin de realizar una breve campaña de excavaciones en las cuevas situadas cerca de Venta de Laperra, en el flanco meridional del monte *Mirón*.

Dos días después se nos asoció D. Julio Caro Baroja, que a la sazón era estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Colaboró en nuestras excavaciones tanto en Carranza como, más tarde, en *Urtiaga* de Iciar (Deva), iniciándose así en la práctica de las exploraciones arqueológicas.

Pero nuestros coloquios sobre temas etnológicos eran frecuentes. Aranzadi llevaba ya muchos años en sus investigaciones etnográficas y yo mismo venía dedicado a las del pueblo vasco desde el año 1913. Aquellas conversaciones fueron parte para que el joven Caro Baroja orientara sus estudios hacia el conocimiento de la cultura popular vasca y de otras culturas, tarea en la que tanto había de descollar con el tiempo.

Empezó sus investigaciones estudiando la casa rural de Lesaca y los monumentos religiosos del mismo pueblo; estudios que fueron publicados luego en los tomos IX y XII del «Anuario de Eusko-Folklore», que salía en Vitoria bajo mi dirección. En el tomo XIII publicó otro estudio acerca de «Cuatro relaciones sobre la hechicería vasca».

De entonces acá ha dado muchos pasos D. Julio Caro, recorriendo todas las parcelas del campo de nuestra etnología y haciéndose eco de numerosas fases de la evolución operada en los modos de vida del pueblo vasco. Este, en

efecto, ha venido cambiando incesantemente en todos los tiempos como cualquier otro pueblo; pero de modo más espectacular en este medio siglo que ha transcurrido desde aquel encuentro nuestro de Carranza.

Evolución o proceso, interesante sin duda, en el que hemos pasado de una era a otra de nuestra historia.

Bien merece que nos fijemos un poco en algunos de los rasgos de esta transición en nuestra zona rural, sobre todo en la vertiente oceánica de nuestro país.

El marco geográfico o el paisaje natural ha influido, en muchos casos, en la situación y distribución de los establecimientos humanos. El relieve impuso sus cuadros al hombre y el valle geográfico dió su origen al valle político. Esto ha ocurrido aquí principalmente porque las montañas y los valles de nuestro Pirineo ofrecían pastos y refugio a los grandes herbívoros y presentaban opciones para instalarse las familias que de la crianza y explotación de tales herbívoros habían hecho su modo de vida.

La distribución anárquica de los paisajes naturales de nuestra tierra determinó la dispersión de los establecimientos humanos por todo el ámbito del país. Esta situación se perpetuó en forma sensiblemente idéntica en muchas localidades hasta hace 70 ó 60 años.

La ganadería, antes en gran parte dependiente de los pastos comunales, en los cuales se mantenía buena parte del ganado vacuno, caballar, porcino y lanar, ahora se distingue por la estabulación de casi todas las reses, salvo las ovejas, que aprovechan aún los pasturajes de las montañas y de otras tierras comunales.

La desaparición del lobo a fines del siglo pasado o principios del presente cambió notablemente el modo de vida pastoril: la introducción del perro *lagun* o de pastor más tarde alivió las fatigas del pastor. Antes tenía que cubrir su choza con tejas y brezo en los pasturajes de verano; hoy puede cubrirlo con teja y así construir albergues más confortables que antaño.

La agricultura, que se extendió lentamente durante siglos, obligando a los ganaderos —pastores— a ir retirándose con sus efectivos hacia las regiones más elevadas o apartadas, ahora se halla en retroceso, y muchas tierras, hace poco cultivadas, se han convertido en simples herbales o en pinares.

A principios del siglo eran cultivados principalmente el trigo, el maíz, el haba, la alubia, la patata, diversas hortalizas, el nabo, el trébol, la remolacha, la alfalfa y el lino. De éstos no se cultivan hoy el trigo ni el lino; los demás han disminuido notablemente, salvo la patata y hortalizas (puerro, zanahoria, acelga, espinaca, tomate), cuya producción ha aumentado.

El modo de vida industrial, que durante siglos ha tenido mucha importancia en el país, se ha ido desarrollando rápidamente desde fines del siglo pasado, atrayendo hacia él a una gran parte de la población rural, concentrándola alrededor de numerosos talleres y creando así nuevas urbes y acrecentando las anteriores de modo espectacular.

Los medios de comunicación, de circulación y de transporte a principios del

siglo: caminos vecinales y forestales, pistas y senderos en abundancia por todo el territorio, pero pocas carreteras; ferrocarril (del Norte y Vascongadas); líneas de coches entre el pueblo y algún mercado, estación de ferrocarril o capital de la región; caballerías y carros para el transporte interurbano; carretas, trineos y caballerías para el transporte local; raras bicicletas, más raros los automóviles y telégrafos y teléfonos incipientes.

Hoy las carreteras llegan hasta los últimos caseríos de montaña; existen numerosos servicios de autobuses interurbanos e interprovinciales; del asno o mulo se pasó a la bicicleta, a la motocicleta y al automóvil. El proceso ha sido general; hoy apenas hay casa que no tenga su automóvil. En muchas casas tienen teléfono y en casi todas la radio y televisión.

Estas mudanzas en los modos de vida van acompañadas de diversos cambios en la ergología o en el conjunto instrumental utilizado en múltiples trabajos.

La hoz fue sustituida en muchos casos por la guadaña, cuyo uso ha sido reciente en buena parte del país. Ahora son cada vez menos utilizadas a causa de la introducción de la máquina segadora.

La laya y la azada fueron sustituidas en varias labores por el *golde* «arado»; éste lo fue por el *bravant* y éste, finalmente, por el tractor.

He ahí las fases de una evolución. Desde fines del siglo pasado hasta hoy.

El mismo léxico popular se transforma a veces respondiendo a la evolución de la técnica. El carro de eje giratorio utilizado generalmente para los transportes, se llama *gurdi*; el eje fijo que le ha reemplazado en algunas comarcas recibe el nombre de *orga*; el de eje fijo y cubierta, destinado al transporte de mercancías, se llama *karro*; el destinado al transporte de personas, *kotxe*. La pala, cuando era de madera, tenía por nombre *endai*; la de hierro que le sucedió se llama *pala*. Las antiguas pinzas de palo tenían nombre de *matxarda* y *sardaka*; las de hierro, que han venido a sustituirlas, se denominan *tenaza*, *pin-tzeta*. Los clavos de madera usados en carpintería se llamaban *ziri*; los de hierro, de sección cuadrada, usados hasta hace poco, tienen por nombre *iltze*; los modernos, de sección circular, *puntapatx* «punta de París»; los muy largos provistos de mango, empleados en la cocina, se llaman *burruntzi* «punzón de hierro» (asador).

El desarrollo del modo de vida industrial y de la técnica repercutió en el mundo rural, haciendo desaparecer grandes parcelas de la vida tradicional. Por ejemplo, los campos de lino, las faenas domésticas del hilado, las compañías de agramadoras, las reuniones nocturnas de hilanderas y cardadoras, donde se perpetuaba la literatura oral en relatos míticos, en biografías de santos en versos populares y en cierta clase de representaciones teatrales que todavía recuerdan los ancianos.

Los instrumentos que en gran número eran utilizados en tales operaciones han desaparecido y hasta sus nombres han sido olvidados.

Lo mismo ocurrió con el lavado de la ropa. Aquellas coladas de larga duración, en tinajas mediante filtración de agua caliente por una capa de ceniza

primero y por el número de ropas después, seguida de otra penosa operación de aclarar las prendas en el agua corriente de las fuentes o del río vecino, han ido desapareciendo gracias a la lavadora eléctrica.

Aquel alumbrado doméstico a base de velillas de resina, o velillas de cera fabricadas en casa con panales de las propias colmenas, el candil de aceite (envase, *krisallu*) o quinqué de petróleo de fines del siglo pasado, ha sido suplantado por la luz eléctrica.

A la cocina con hogar de fogón bajo con su llar, con su piedra de fondo (a veces decorada con esculturas e inscripciones), con el gran escaño (en vasco, *zizaillu*) junto al fogón y con su campana de chimenea —elementos todos envueltos en un ambiente legendario y mítico—, ha sucedido, en los últimos lustros, primero la cocina de horno metálico o cocina económica, después por la cocina de gas butano, a las que no va incorporada ninguna tradición como a la antigua.

A principios del siglo en gran parte de las casas había familia doble o asociación familiar; es decir, los padres y el heredero con su cónyuge e hijos. Entre todos constituían una unidad económica y una comunidad social. Como complemento de su economía solía ser frecuentemente el salario que uno de sus miembros varón ganara en trabajos temporarios contratados fuera de casa: carboneo, construcciones, apertura de carreteras, etc.

Comían juntos los miembros de la familia, juntos trabajaban y juntos rezaban. Los comestibles más usuales eran: talos con leche, habas o alubias con tocino, patatas, castañas (en invierno) y, algunas veces, manzanas o uvas. Apenas se bebía vino fuera de algunos días de trabajos fatigosos en verano y con ocasión de las fiestas patronales del pueblo. En éstas tomaban también café.

En las noches de invierno todos los miembros de la familia se reunían en la cocina alrededor del fogón, para hacer diversas labores, como hilar, hacer calceta, coser, hacer albarcas, fabricar cestos, etc. Es entonces cuando recordaban viejas historias de la familia, las leyendas y toda clase de tradiciones, lo mismo que diversos temas religiosos, como la vida de Cristo y de algunos santos, algunos hechos y dichos de sus antepasados, rememorando la paz y la esperanza con que pasaron de esta vida a la otra e invocándoles dos o tres veces al día (al bendecir la comida, al rezar el rosario y al apilar cada noche el fuego del hogar).

Ahora la familia doble va siendo caso raro. Por otra parte, la familia como unidad económica ha cambiado notablemente. Los padres y el heredero con su consorte trabajan para provecho común; pero cada uno de los otros miembros, que trabajan en casas, talleres o fábricas situadas fuera, tienen su bolsa o peculio independiente. Esto ha traído cierta desintegración familiar en el aspecto económico; desintegración que ha ido extendiéndose a otros aspectos, acentuada por ideas, modas y gustos que, irrumpiendo de todos los horizontes, vienen a colmar las apetencias y la capacidad receptiva de cada uno, dejando escaso margen para atender a otras voces. Así se han relajado los lazos de la tradición familiar y ha disminuido la autoridad de los padres. Por todo

eso muchos hijos e hijas no quieren heredar la casa y vivir con sus padres una vez contraído el matrimonio, lo cual no ocurría hace medio siglo.

En cuanto a comidas diarias normales en las familias rurales de hoy, los artículos que se consumen son: pan de trigo, patata, verdura, carne o pescado o huevos, fruta, café, leche y vino.

Las relaciones y lazos de unión de los vecinos se hacían patentes a principios de este siglo en diversas ocasiones, sobre todo en trabajos en que se ayudaban mutuamente, como en el layado de las tierras, en la siega del trigo, en la trilla, en el acarreo del abono a los campos de cultivo, en desperfollar los maíces, en cargar y cebar con combustible las caleras, etc.; en trabajos de común provecho, como el *auzolan* o arreglo de caminos; en reuniones, como las de las hilanderas y *suarles*; en actos de asistencia vecinal en casos de enfermedad, de muerte, de incendio, de accidente de ganado, de primera instalación de una familia en una casa de vecindad; en la formación de grupos de jóvenes segadores que iban a segar trigo a otros pueblos o de agramadores, que también salían a pueblos vecinos a realizar su labor durante unas semanas cada año, y de carboneros, en grupo que subían a los montes y hacían allí vida en comunidad durante meses, etc.

Ahora es diferente. Es verdad que las relaciones de vecindad patentes en la asistencia mutua en casos de trabajos urgentes, de enfermedad, de defunción, de incendio y de accidente de ganado, continúan vigentes todavía, si bien algo atenuadas. Pero muchas de aquellas ocasiones en las que se juntaban los vecinos, como las de trabajos a título de prestación (laya, siega, trilla, labores del lino, fabricación de la cal, etc.), no se presentan ahora, porque tales labores ya no se efectúan. Las reuniones de los vecinos y vecinas en una cocina del barrio durante las tardes de invierno para ejecutar trabajos manuales —hilado, calceta, costura— cesaron hace tiempo. Aquellas asociaciones de muchachos que se desplazaban a otras comarcas a realizar trabajos de siega o de agramar el lino desaparecieron a principios del siglo y las de los carboneros poco después.

Hoy cada uno va a trabajar, en solitario, al taller o a la fábrica donde un día logró un puesto. Del mismo modo van muchas jóvenes a trabajar como «interinas» en las casas y como sirvientas y camareras en restaurantes y hoteles. Muchas horas al día, o muchos días y quizás semanas pasa cada uno aislado de su familia y de sus vecinos y hace vida económicamente independiente de sus padres y hermanos. Y su espíritu, alejado del tronco familiar, sucumbe fácilmente ante el empuje de múltiples influencias extrañas. Así se convierte, en cierto modo, en un desarraigado en su propio pueblo.

Otro elemento importante de muestra étnica es el *humanismo*. Los problemas característicamente humanos no eran extraños a nuestro pueblo. Y las soluciones dadas a los mismos, es decir, la concepción a la sazón aceptada del origen y del destino humano se hallaban en la base del humanismo vasco y de la cultura propiamente dicha. La idea de un ser que trasciende al hombre y al mundo físico, como nuestro origen y referencia final, brotaba en las mentes en muchos momentos de la vida, idea que, además, venía vinculada no sólo

a la expresión común «*ez gera gure baitan*» «no dependemos de nosotros mismos», sino también a los grandes agentes naturales cuya presencia y colaboración eran requeridas constantemente en los humanos quehaceres; estaban, además, en la base del programa general de la vida y era el granito de apoyo de gran parte del simbolismo religioso utilizado en las casas, en las iglesias y en el campo. Así, la vida y la muerte aparecían aureoladas por una concepción o sentido trascendente. La muerte no era total término de una existencia, sino un tránsito a otro modo de vivir que podría ser feliz, según las promesas de Cristo.

Ahora la actitud de muchos de los nuestros ante tales problemas ha cambiado o está cambiando. La ola de desazón que sacude al mundo ha tenido también aquí su impacto. El cambio de ambiente —del familiar al de los talleres—, la facilidad de contactos y comunicación con diferentes medios, la radio y la televisión y la prensa presenta continuamente múltiples opciones y llamadas a la extroversión tendiendo, naturalmente, a alienar los espíritus. Todo esto ha venido a caer sobre un estado social cuyo entramado se hallaba bastante cuarteado desde la última guerra civil, campo abonado para ensayar nuevos planes frente a los problemas que la vida nos plantea.

Tales son, señoras y señores, algunos de los rasgos de la transición contemporánea tal como la vemos en nuestro pueblo.